

LA PIEDRA BLANCA
(O LA IMPROBABILIDAD DE LA INOCENCIA)

ERNESTO CABALLERO



*Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro
paredes de la alcoba hay un espejo,
ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo
que arma en el alba un sigiloso teatro*

(J.L. Borges. Poema «Los espejos»)

Figuras que aparecen:

Alice Pleasance Liddell, *Alicia*.
Caryl Hargreaves Liddell, *su hijo*.

DINA BALE, *licenciada en Literatura inglesa.*

HATTA, *el sombrerero loco.*

Año 1926. Salón llamado «de los espejos» en una mansión de Cuffnells, Hampshire. De uno de ellos ha surgido ALICE LIDELL. Está desconcertada, se contempla contrariada sin reconocer su imagen. De pronto aparece un personaje estrafalario con un peculiar sombrero, es HATTA.

HATTA. ¡Bienvenida!

ALICE. ¿Quién es usted?

HATTA. ¿No me reconoces?

ALICE. ...

HATTA. ¿Este sombrero...?

ALICE. El sombrero de Hatta.

HATTA. ¿Entonces...?

ALICE. Pero tú no eres Hatta.

HATTA. Eso es relativo. Digamos que soy otro Hatta.

ALICE. ¿Otro Hatta?

HATTA. Cualquiera que se pone el sombrero de Hatta se convierte en un Hatta. ALICE. El sombrerero loco.

HATTA. Ya vas cayendo, como una buena Alicia al entrar en la madriguera...

ALICE. ¿Dónde estoy?

HATTA. En tu casa, en la sala de los espejos.

ALICE. Esta no es mi casa, no la reconozco. Tampoco mi imagen. Yo soy una niña...

HATTA. ¡Una niña!

ALICE. ¿De qué te ríes?

HATTA. ¿Puede saberse qué hace una niña en esta mansión a estas horas?

ALICE. No sé... Tropecé y de repente...

HATTA. ¿De repente?

ALICE. Sentí que...

HATTA. Sentiste que...

ALICE. Atravesé ese espejo desde el otro lado.

HATTA. Interesante.

ALICE. Y ahora me veo convertida en una persona mayor.

HATTA. Eso no es nada original, a todo el mundo le pasa. Al menos te has convertido en una persona. Eso ya no es tan habitual. Bueno, en casi una persona.

ALICE. ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

HATTA. ¿Cómo te llamas?

ALICE. Alice.

HATTA. ¿Qué más?

ALICE. Nada más... Me llamo Alice...

HATTA. ¿No tienes apellidos?

ALICE. No, creo que no...

HATTA. Vaya, vaya...

ALICE. O, al menos, no los recuerdo...

HATTA. (*citando*)

Lo que descubrió Alice al otro lado del espejo....

ALICE. Esa, sí. Esa soy yo.

HATTA. Vamos, todo el mundo lleva un apellido junto al nombre.

ALICE. ¿Todo el mundo?

HATTA. Me refiero a todo el mundo real.

ALICE. ¿Qué quieres decir con eso de *todo el mundo real*?

HATTA. Ya está bien de hacer preguntas de niña tonta. No eres ni lo uno ni lo otro. Ni la una ni la otra.

ALICE. Es que no me acuerdo bien...

HATTA. Haz un esfuerzo, por favor.

ALICE. Salí detrás del conejo blanco, nunca había visto un conejo con chaleco, ni con reloj... Salí corriendo tras él por la pradera, entonces se metió en su madriguera y yo... ¿me estás prestando atención?

HATTA. Ninguna. Esa historia ya me la sé. La he leído muchas veces, incluso salgo en ella.

ALICE. ¿La has leído? ¿Dónde?

HATTA. Ahí.

ALICE. ¿Qué es eso?

HATTA. El manuscrito original donde se narra tu historia. La historia de Alicia dedicada a una niña llamada Alicia.

ALICE. Yo.

HATTA. ¿Tú? Por favor, tú no te pareces a la niña de este cuento. No te reconozco. Tú. Tú. Tú. ¿Quién eres tú? ¿Quién es usted, señora?

ALICE. Alicia, esa misma niña...

HATTA. ¿Esa misma?

ALICE. Quiero decir que era una niña...

HATTA. ¿Eras?

ALICE. Soy.

HATTA. ¿Eras y eres?

ALICE. Las dos cosas.

HATTA. ¿Te has propuesto volver cuerdo al sombrerero loco?

ALICE. Siento que en estos momentos hay dos personas mezcladas en mí.

HATTA. Perfecto, perfecto, entonces te parece que se puede ser real y no serlo a la vez, ¿verdad?

ALICE. Pues, sí... como en un teatro...

HATTA. ¿Y aquí? ¿En esta mansión de Cuffnells?

ALICE. ¿Cuffnells? ¿Estamos en Cuffnells? Eso está en Hamsphire... Creo recordar que una vez viví en ese lugar...

HATTA. ¡Una vez! ¡Eso es el colmo! ¡Ahora, ahora mismo es «una vez»!

ALICE. Me estás volviendo loca.

HATTA. Un momento, aquí el único loco soy yo, Hatta, el sombrerero. Aunque si nos miramos en un espejo lo derecho queda a la izquierda, y lo izquierdo a la derecha. El cuerdo se ve reflejado como loco y el loco como cuerdo.

ALICE. El espejo no me devuelve mi imagen real.

HATTA. Al contrario, los espejos nunca mienten. Al menos los buenos espejos, como el de la malvada madrastra del cuento de los hermanos Grimm... Esa que ves es tu imagen real, real al día de hoy, señora Alice Pleasent Lidell, viuda de Hargraves.

ALICE. Regie... ¿Qué me está pasando? Es como si recordara hacia el futuro.

HATTA. Esa que crees ser está ahí, sobre esa mesa: contenida en unas palabras. No es más que un personaje de un cuento raro plagado de acertijos y galimatías que vaya uno a saber qué significan.

ALICE. ¿Y tú?

HATTA. Lo mismo sólo que al contrario; creo ser algo más que unas cuantas palabras en un libro. Y además estoy chiflado.

(Alice se acerca a la mesa, repara en un manuscrito que hojea con cuidado y máxima atención como evocando un sueño vívido.

Enuncia en voz alta el título:

ALICE. «Las aventuras subterráneas de Alicia».

HATTA. Dedicado por el reverendo Dodgson a su querida niña inspiradora: Alice Hargrave Lidell... Su favorita.

A través de la tarde color de oro

El agua nos lleva sin esfuerzo por nuestra parte,

Pues los que empujan los remos

Son unos brazos infantiles

Que intentan, con sus manitas

Guiar el curso de nuestra barca.

ALICE. Sí... Me acuerdo...

HATTA. Por fin.

ALICE. Han pasado tantos años y sin embargo...

HATTA. ¿Sin embargo...?

ALICE. Es como si el tiempo se hubiera detenido.

HATTA. A este lado del espejo el tiempo es como una escalera en espiral que a veces sube, a veces baja, y a veces ni lo uno ni lo otro.

ALICE. ¿Y qué hago ahora aquí?

HATTA. Estás a punto de tomar una decisión.

ALICE. ¿Qué decisión?

HATTA. Vender o no vender ese ejemplar, único como yo. Mira, aquí salgo dibujado... No se puede afirmar que me sacara muy favorecido, en cambio a ti...

ALICE. Me lo regaló por Navidad.

HATTA. Ya...

ALICE. Lo escribió después de que dimos un paseo en barca por el Támesis.

HATTA. Ya, ya...

Alicia, para ti este cuento infantil.

Ponlo con tu mano pequeña y amable

Donde descansan los cuentos infantiles,

Entrelazados, como las flores ya marchitas

En la guirnalda de la Memoria.

Es la ofrenda de un peregrino

Que las recogió en países lejanos.

(HATTA ha ido desapareciendo según dice estas palabras. ALICE ha quedado adormilada en una butaca. Entra CARYL.)

CARYL. Mamá...

ALICE. *(sobresaltada)*

¡Tú!

CARYL. Disculpa, no quería asustarte. ¿Con quién hablabas?

ALICE. Con nadie...

CARYL. Me ha parecido oír tu voz...

ALICE. Debí hablar en sueños... Me quedé dormida...

CARYL. ¿De qué te ríes?

ALICE. He soñado con Hatta, el sombrerero loco, era muy gracioso...

CARYL. ¿No te parece que últimamente estás un poco obsesionada...

ALICE. Ya hemos hablado de eso.

CARYL. Respeto tus recuerdos, todo tu pasado «maravilloso», pero es que a estas alturas...

ALICE. Caryl, no empieces...

CARYL. Caryl, no empieces... desde niño esa ha sido tu forma de pararme en seco ante cualquier cosa que pudiera contrariarte... Caryl, no empieces, por favor... Así me ha ido, nunca he terminado de empezar nada...

ALICE. Salvo los reproches.

CARYL. Tal vez...

CARYL

A propósito, creo que ha llegado el momento de preguntarte por qué me pusiste Caryl...

ALICE. ¿Y eso a qué viene?

CARYL. Siempre he tenido ganas de preguntártelo, pero nunca me he atrevido.

ALICE. ¿Por qué no te has atrevido?

CARYL. No sé... Olvídalo...

ALICE. Te puse Caryl porque es un nombre alegre, suena bien, como un tintineo de campanillas; además, después de haber

tenido dos varones, albergaba la esperanza de que el tercero fuera una niña, una preciosa niña a la que llamaría Caryl... Pero naciste tú...

CARYL. Aguafiestas.

ALICE. ... y como Caryl también es un nombre masculino, decidí no cambiar.

CARYL. Perfecto.

ALICE. Hay ilustres figuras de ambos sexos que se han llamado Caryl.

CARYL. Caryl, Caroll, suenan muy parecidos, ¿verdad?

ALICE. ¿Cómo?

CARYL. Me pusiste Caryl por él, ¿verdad?

ALICE. Me parece que no.

CARYL. ¿Te parece?

ALICE. Vamos a dejarlo.

CARYL. Está bien, hablemos de asuntos algo más prácticos. ¿Qué has pensado de la oferta?

ALICE. ¿La oferta?

CARYL. Sotheby's.

ALICE. Nada, no he pensado nada...

CARYL. ¿No has pensado nada?

ALICE. No, no he pensado nada.

CARYL. Pues no disponemos de mucho tiempo.

ALICE. Si tienen tanto interés, sabrán esperar. Tengo que considerarlo con más detenimiento.

CARYL. Pero, ¿qué es lo que tienes que pensar? ¿Debo recordarte la situación que estamos atravesando?

ALICE. Sí, es bueno que la recuerdes: tú el primero.

CARYL. Por favor, no empieces de nuevo con uno de tus sermones.

ALICE. Sí, mejor vamos a dejarlo...

CARYL. Mamá, en serio, no podemos permitirnos dejar pasar esta ocasión. ¿Cómo dice ese viejo refrán del viento y el cordero...?

ALICE. *God tempers the wind to the shorn lamb.*

CARYL. Eso es: Dios suaviza el viento para el cordero esquilado. Al parecer hay varias personas interesadas dispuestas a pujar por lo alto. Muy por lo alto. Sería un gran alivio...

ALICE. ¿Cuánto ofrecen?

CARYL. Aún no lo sé, de eso tengo que tratar con ellos, de la cantidad inicial de la puja.

ALICE. Tiene gracia que al final tú, el menos capacitado para las finanzas, quien deba asumir estas cuestiones tan prosaicas.

CARYL. Pues sí, a la vida parece divertirse ponerle a uno el disfraz que peor nos sienta... Moraleja: nunca digas *nunca*...

ALICE. Sí, en este mundo nada hay sin moraleja. Hay que saber buscarla.

CARYL. Y bien...

ALICE. Ese libro representa todo lo que he sido, todo lo que soy.

CARYL. Mamá, ya no eres una niña, y mucho menos un personaje de cuento infantil. Dios mío, ¿no te das cuenta que resulta algo patético...?

ALICE. No me hables así, haz el favor.

CARYL. Sólo trato de hacerte regresar al mundo de lo real.

ALICE. ¿Lo real? Parece mentira que tú me hables de lo real. ¿Qué es lo real para ti?

CARYL. Lo real es que desde que murió papá tenemos que afrontar unos gastos insoportables. Lo real es que tenemos que conseguir recursos de donde sea. Lo real es que mantener Cunffells se ha hecho insostenible. Lo real es que ahí afuera nos está esperando la más prestigiosa casa de subastas de Inglaterra para llegar a un acuerdo que le puede devolver la tranquilidad económica a lo que queda de la familia Har-dgraves.

ALICE. (*Tras una pausa*)

Estoy de acuerdo.

CARYL. ¿Estás de acuerdo?

ALICE. Sí, estoy de acuerdo.

CARYL. Bien... ¿Entonces?

ALICE. A partir de ahora nos apretaremos el cinturón. Tú el primero, mi pequeño derrochador. Tenemos que lograr reducir gastos entre todos.

CARYL. Por mucho que lo hagamos, apenas podremos afrontar los que conllevan el mantenimiento de esta casa.

ALICE. Pues nos mudaremos a una más modesta.

CARYL. Claro, naturalmente. Y ya puestos, nos podemos tomar una pastilla menguante y mudarnos a la caseta del perro.

ALICE. El sarcasmo no es tu estilo, Caryl.

CARYL. Mamá, lo que necesitamos ahora es una buena inyección de liquidez económica que esa reliquia nos la puede procurar. Algunas reliquias pueden obrar milagros...

ALICE. ¡Reliquia! Caryl, te ruego que tengas un poco de respeto.

CARYL. ¡En momentos de dificultad hasta la realeza se desprende de sus joyas!

ALICE. ¿Serías capaz de adoptar un enfoque algo menos materialista? Lamento decirte que ese pragmatismo no va con tu forma de ser.

CARYL. ¡Mi forma de ser! Me temo que con enfoques más idealistas nos podemos ver en la calle en poco tiempo.

(Llaman al timbre.)

Ahí están, saldré un momento a recibirles.

(ALICE ha quedado sola. De repente, se dirige al público.)

ALICE. Efectivamente, soy, fui... la niña que inspiró el célebre relato. Conocí personalmente al diácono Dodgson, pues trabó amistad con mi familia cuando entró a dar clase en el Crist Church College, del que mi padre era decano. En cualquier caso, lo que acaban de presenciar tuvo lugar mucho tiempo después; cuando Alicia Lidell ya se había convertido en la respetable viuda de Sir Reginald Gervis Hargraves, con quien tuvo tres hijos varones. Me ha parecido oportuno centrar mi historia en el momento concreto en que, por diversas circunstancias, me vi obligada a desprenderme del manuscrito original.

Había pasado mucho tiempo desde mi último encuentro con Carroll, la Gran Guerra había dejado un inefable rastro de muerte y destrucción en toda Europa. Acababa de perder a dos de mis tres hijos en el frente. No obstante, las autoridades nos instaban a superar toda aquella tragedia; hay que mirar adelante sin anclarse en el pasado, nos decían. Al fin y al cabo, éramos los vencedores. Estábamos en otra etapa: «los felices veinte».

Sin embargo, como digo, mis hijos habían caído en el frente y, nada más terminar la guerra, mi marido también nos dejó. Yo era, por entonces, una respetada mujer de clase alta: Lady Hargraves; nada que ver con aquella jovencita que había servido de inspiración a la famosa historia. Sin embargo, aquel verano del 23 sufrí una extraña regresión y de nuevo me convertí en aquella niña que siguiendo al Conejo Blanco había terminado por precipitarse en un profundo precipicio de irrealidad.

Así es, me aferré a la Alicia del cuento hasta el punto de fundirme íntimamente con aquel ilusorio personaje y su mundo de quimeras y fantasmagorías. Lo acaban de ver. Por aquellos días mi vida transcurría atravesada por extrañas ensoñaciones propias de la inventiva del escritor. Y es que, acaso no fuera más que un sueño lo que aconteció aquella tarde decisiva...

(CARYL *regresa.*)

CARYL. Ahí han quedado, esperando.

ALICE. (*Tras una pausa.*)

No puedo, sería como amputar una parte de mí...

CARYL. ¿No crees que exageras? ¿Qué te pasa mamá? Estás desconocida.

ALICE. También tú estás desconocido. De pronto te has vuelto responsable.

CARYL. En algún momento hay que hacerse mayor... ¿no crees?

ALICE. No lo entiendes... Me siento frustrada, he tratado de infundiros unos valores...

CARYL. Valores...

ALICE. La lealtad...

CARYL. Lealtad...

ALICE. Y la entrega...

CARYL. Mamá, por favor... «Entrega y lealtad». Buen título para una novela popular del siglo pasado... Mis hermanos mayores, tus hijos, han muerto en esa horrible guerra derrochando entrega y lealtad.

ALICE. Y eso le ha vuelto cínico al pequeño Caryl.

CARYL. Digamos que he aprendido de los hechos reales.

ALICE. Lo que has aprendido, querido Caryl ha sido a rehuir tus responsabilidades viviendo una vida, digamos que un tanto relajada, no te censuro; entiendo que también es una forma de evasión... Me reprochas que me haya refugiado en el pasado y puede que lleves razón, ahora bien, tú lo estás anclado en un constante presente...

CARYL. De acuerdo, y mi comfortable presente y tu idílico pasado están a punto de hacerse trizas, ¿qué hacemos?

ALICE. Ojalá me comprendieses.

CARYL. Mamá, te recuerdo que eres la señora Alice Liddell viuda de Hargreaves, la niña que se metió en la madriguera persiguiendo a un conejo sólo es el personaje de un cuento...

ALICE. Naturalmente, y ella forma parte de lo que soy.

CARYL. Es una criatura de ficción.

ALICE. La mayoría de las experiencias que nos van haciendo son de esa naturaleza.

CARYL. ¿Como la muerte de tus hijos?

ALICE. Caryl, por favor...

CARYL. Lo siento.

ALICE. No importa.

(Pausa.)

Tiene gracia, hace años el propio Charles me lo pidió prestado para sacar una edición facsímil. Me lo devolvió cumplidamente haciéndome prometer que nunca me desprendería de él.

CARYL. Entiendo el valor que tiene para ti, pero, de verdad, es una gran oportunidad, de verdad.

ALICE. No a todas las cosas se les puede poner un precio. La dignidad...

CARYL. Mamá, no empieces...

ALICE. No empieces, Caryl...

CARYL. Bien, ¿qué le digo a la gente de Sotheby's?

ALICE. No estoy dispuesta a traicionar lo que he sido.

CARYL. ¡Qué gran declaración! Por última vez, mamá, te ruego que lo consideres. Renunciar a ese manuscrito, permitir que se subaste y podamos vivir desahogadamente, no es traicionar nada.

ALICE. No puedo.

CARYL. (*tras una pausa*)

Bien, comunicaré tu decisión a la gente de Sotheby's.

ALICE. Caryl...

CARYL. ¿Sí?

ALICE. No me está resultando fácil adaptarme a esta nueva vida en ausencia de tu padre y tus hermanos; acabamos de regresar de un viaje por Italia donde creí que podría rehacerme anímicamente, pero ya ves... Sí, de momento me está ayudando volver a verme reflejada en la pequeña Alicia. Te ruego que tengas un poco de indulgencia. No me juzgues, por favor.

CARYL. Descuida.

ALICE. Gracias.

CARYL. Supongo que todos, a medida que vamos haciéndonos mayores, necesitamos revivir en los recuerdos. Debe ser un mecanismo natural. Somos seres fabuladores.

ALICE. Mi infancia, igual que la tuya fue una infancia objetivamente feliz. No es ninguna fabulación.

CARYL. Tal vez, pero toda esa idílica infancia saltó literalmente por los aires cuando fui llamado a filas con diecisiete años.

ALICE. Ya pasó la pesadilla, mi querido Caryl.

CARYL. Sí, despertamos por fin, pero en sus camas ya no estaban ni Alan ni «Rex»...

ALICE. Nos esperan al otro lado.

CARYL. En el fondo envidio tu fe.

ALICE. Mi fe.

CARYL. En la fabulación.

(*Sale.*)

ALICE. (*De nuevo, al público*)

Tal vez los recuerdos también estén hechos de la misma materia que los sueños, sueños necesarios para despertar a la vida, ese otro gran sueño, impreciso, caduco, deslavazado, como un garabato dibujado en un libro de arena, trazos efímeros que pronto ha de borrar el olvido... La condena del olvido, que a veces es consolación...

Pues sí, mi hijo Caryl comunicó a los señores de Sotheby's mi negativa a que se subastara el manuscrito. Al parecer, había algunas personas interesadas en hacerse con él desde que

salió a la luz la edición facsímil que el propio autor sacó veinte años después de regalarme el original. Sí, habían pasado veinte años desde entonces; nuestra relación se había extinguido casi por completo; sin embargo, una mañana recibí una escueta nota en que me solicitaba el ejemplar para sacar aquella publicación, con el compromiso de devolvérmelo lo antes posible. Así lo hizo, cumplió su palabra y el manuscrito regresó a mis manos, con su entrañable dedicatoria: «A una niña querida, en recuerdo de un día de verano».

Le hice saber que para mí, el manuscrito era una suerte de talismán, algo así como una ventana mágica desde la que acceder al mundo subterráneo de Alicia aquellos maravillosos días en Hamsphire.

El señor Dodgson sonrió y me dijo que se congratulaba de comprobar cómo Alicia había logrado llegar a la casilla ocho para convertirse finalmente en toda una reina del tablero. (Como saben, era un apasionado del ajedrez). Antes de despedirse me mostró algo: «mira, aún la conservo, señalé en mi diario el día que te conocí con esta piedra blanca. La piedra blanca para los romanos simbolizaba la buena fortuna...»

Pero volvamos a Cuffnells.

Mientras Caryl atendía a los representantes de Sotheby's, volví a sumergirme en aquella extraña y obsesiva ensoñación con algunas de las criaturas creadas por el controvertido diácono.

(Reaparece HATTA.)

HATTA. ¿Estás hablando sola?

ALICE. Sí... no...

HATTA. ¿Sabes que en el futuro le pondrán tu nombre a una enfermedad? Lo padecerán aquellos que tengan problemas de percepción con la imagen y tamaño de su cuerpo, de las cosas que le rodean y del tiempo. *El síndrome de Alicia en el país de las maravillas*. Así se llamará ese trastorno. Ya lo verás. Ya no lo verás.

ALICE. ¿Y si yo... y si *esa* Alicia no hubiese existido?

HATTA. Pues la enfermedad nunca se produciría. Sucede lo mismo con el cinc con el que se fabricaban estos sombreros, volvían

locos a quienes los hacían. De ahí salí yo. Si no hubiera habido cinc en los sombreros, nadie me hubiera concebido.

ALICE. Hatta, ¿te parece que estoy loca?

HATTA. Bueno, eso pensé antes al verte hablar sola. Parecías estar en otro lugar, dirigiéndote a un auditorio imaginado. Ahora que has regresado y estás conversando conmigo, me pareces una persona cabal.

ALICE. Ahora que estoy hablando contigo...

HATTA. ¿Quién puede decir que están locos dos locos hablando entre sí sin que nadie les escuche?

ALICE. Pero es que tú no eres de carne y hueso... tú eres, estás hecho... ¡Dios mío!

HATTA. ¿Estoy hecho...? ¿De qué estoy hecho?

ALICE. De palabras escritas. Yo, en cambio...

HATTA. ¿Tú?

ALICE. Yo soy de carne y hueso, pero tú... tú estás hecho para ser leído.

HATTA. ¿Y qué te hace pensar que los seres como tú, de carne y hueso, no están hechos también para ser leídos? Tienes unas cosas. Me decepcionas, pensé que no eras así...

ALICE. ¿Así, cómo?

HATTA. Así de simple, de las que no creen que cuando leen están viviendo. De las que sólo leen para matar el tiempo.

ALICE. Bueno, eso no está tan mal.

HATTA. No está tan mal. No está tan mal. ¿Puede saberse qué es lo que no está tan mal?

ALICE. Matar el tiempo. Hacer que no transcurra mediante la lectura.

HATTA. Si conocieras el tiempo tan bien como yo lo conozco, no hablarías de matarlo. ¡El tiempo es todo un personaje!

ALICE. ¿Un personaje?

HATTA. Sí, un personaje muy complejo aunque la gente se empeña en verlo de una forma muy simple; como una esquemática línea formada por puntos sucesivos, un instante detrás de otro... y ya está; como una interminable fila de hormigas. Así se ve y así se representa. Sucedía lo mismo con el espacio; era una cosa plana hasta que se empezó a aplicar la perspectiva.

Para representar el tiempo hay que aplicar también la perspectiva y tener en cuenta que todo sucede a la vez, al mismo tiempo (nunca mejor dicho). Eso es, todo lo que sucede en el tiempo, sucede al mismo tiempo. Todo es simultáneo... no estás entendiendo nada, ¿verdad?

ALICE. Pues no mucho, la verdad.

HATTA. ¿Recuerdas lo que te dije la Reina de corazones? «Es mala memoria la que funciona sólo hacia atrás» ¿Comprendes? ¿Comprendes?

ALICE. Es mala la memoria que funciona sólo hacia atrás... Déjame pensarlo...

HATTA. ¿Nunca has recordado el futuro?

ALICE. Bueno, hace un momento... me parecía estar hablándole a unas personas...

HATTA. ¿Hablándole a unas personas? ¿Sobre qué?

ALICE. No recuerdo bien... Era una especie de conferencia... Sí, lo tengo en la punta de la lengua.

HATTA. ¿Dónde?

ALICE. En la punta de la lengua... se dice cuando estás a punto de acordarte de algo pero no terminas de hacerlo...

HATTA. Me confundes. Te preguntaba que dónde tenía lugar esa «especie de conferencia».

ALICE. En un teatro, creo...

HATTA. ¿Estás segura?

ALICE. Sí, estaba en un teatro, dentro de un tiempo.

HATTA. En un teatro dentro de un tiempo... Eso me gusta... ¿Y al revés? ¿En un tiempo dentro de un teatro?... ¿Quiere decir lo mismo?

ALICE. Sí... explicaba mi relación con el señor Dodgson, comentaba la historia de este manuscrito, del momento cuando le manifesté a Caryl mi disgusto a que fuera subastado. Les hablaba como si hubiera ocurrido algo que todavía no ha tenido lugar. Tal vez fuera un acto de homenaje a la figura de Lewis Carroll...

HATTA. Un acto de homenaje, vaya, vaya...

ALICE. Sí, cada día de que pasa su fama va en aumento. Es todo un clásico de la literatura, a pesar de...

HATTA. ¿A pesar de qué?

ALICE. Ya sabes que desde el primer momento hubo interpretaciones maledicentes que le acusaban de ser una persona moralmente reprochable.

HATTA. ¡Disparates!

ALICE. Ya lo creo, hasta se ha llegado a decir de él que fue el propio Jack el Destripador.

HATTA. Entonces no debías estar en ningún homenaje. Debías estar en un juicio.

ALICE. No, no era exactamente un juicio, aunque podría parecer.

HATTA. Era un juicio. Seguro que lo era. No me gusta. Quien tiene necesidad de juzgar la tiene de condenar. ¿Qué decía la acusación?

ALICE. No, nadie acusaba.

HATTA. ¿Nadie acusaba? ¿Pero qué clase de juicio era entonces? En los juicios deben intervenir todas las dos partes. Sobre todo la acusación, porque si nadie acusa no hay juicio que valga. A ver cómo arreglamos esto.

ALICE. ¿Qué es lo que hay que arreglar?

HATTA. El juicio al autor. Tenemos que encontrar la otra parte de la balanza. Una buena acusación.

ALICE. ¿Qué estás diciendo?

HATTA. Sí, ya sé cómo. Vuelvo en seguida. Tal vez eso te ayude a decidir.

ALICE. Que me ayude a decidir, ¿el qué?

HATTA. Lo del manuscrito...

ALICE. Ya lo tengo decidido.

HATTA. ... y lo que vayas a hacer con Alicia...

ALICE. ¿Con Alicia?

HATTA. Y con tu vida. Querida niña grandota, resulta absolutamente necesario que te sometas a un interrogatorio como supuesta víctima.

ALICE. ¿Víctima, de qué?

HATTA. En principio, del propio interrogatorio. Más adelante, ya se verá. Sí, será una buena manera de aclarar las cosas. Confío en ti, en tu inocencia y en la de nuestro Gran Creador. Espera aquí un momento, voy a buscarla.

ALICE. ¿A quién?

HATTA. Se llama Dina, como tu gata, pero esta Dina araña más.

ALICE. ¿De qué estás hablando?

HATTA. Voy a buscarla.

(HATTA desaparece a través del espejo. ALICE vuelve a dirigirse al público.)

ALICE. Pueden considerar lo que acabo de referirles sólo es una manera exageradamente literaria de dar cuenta de los pensamientos e imágenes que asaltaban mi mente por esos días. Les aseguro que no es mi intención dar por reales las fantasmagorías surgidas del febril estado en que me hallaba aquellos días en Cunfells. Sin embargo, los hechos reales a menudo se tornan inverosímiles en virtud de una extraña ley según la cual, cuanto más real es un hecho más difícil resulta encontrarle sus causas; la experiencia me ha enseñado que las cosas que de verdad pasan generalmente pasan sin dar muchas explicaciones de por qué pasan...

En cualquier caso, como digo, estoy dispuesta a aceptar que mi conversaciones tanto con Hatta como con la inesperada visita que me acaba de anunciar tuvieron lugar, única y exclusivamente, en los espacios insondables de mi ensimismada imaginación. Esto lo digo para tranquilidad de los más racionalistas, para que no se diga que de tanto leer literatura *non sense* he terminado irremisiblemente chiflada, como le sucedió al señor Don Quijote con sus novelas caballerescas. En fin...

¿Por dónde iba? Ah, sí...

Hatta está a punto de reaparecer con una extemporánea acompañante...

(Extemporánea, curiosa palabra.)

(Efectivamente, del espejo irrumpe HATTA acompañado de DINA BALE.)

HATTA. Alicia, te presento a Dina. Es investigadora universitaria especializada en literatura fantástica. Ha venido desde muy lejos para charlar contigo. En estos momentos está alojada en el hotel que se construirá en este mismo lugar después de que durante otra gran guerra sea derribada esta mansión

donde ahora nos encontramos... Perdón, me he metido en un buen jardín espacio temporal; no he dicho nada...

(Las dos mujeres quedan en silencio estupefactas, una frente a otra)

El caso es que ahora mismo os estáis soñando la una a la otra.

Os dejo, supongo que tendréis mucho de qué hablar.

(HATTA desaparece. Finalmente, tras una larga pausa, DINA interviene.)

DINA. Alicia Lidell. He deseado tanto encontrarme con usted, así, en persona...

ALICE. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí?

DINA. Me llamo Dina Bale, estoy llevando a cabo un estudio académico sobre la figura de Lewis Carroll y me gustaría, si no tiene inconveniente, hacerle algunas preguntas.

ALICE. ¿Qué clase de preguntas?

DINA. Sobre su relación con el escritor.

ALICE. Ya...

DINA. ¿Estaría dispuesta...?

ALICE. Qué extraño atuendo...

DINA. Sí, las modas cambian... Han pasado casi cien años desde que usted... ¿Le importa? *(Extrae su móvil y fotografía a ALICE.)*

ALICE. ¿Qué hace?

DINA. No se preocupe, es una simple fotografía... Pero qué le voy a contar a usted de fotos... *(Comprueba el resultado.)* La adjuntaré al trabajo aunque digan que es un *fake*.

ALICE. ¿*Fake*?

DINA. Una mentira que se quiere hacer pasar por verdad. Aunque, claro, se trata de una redundancia, todas las mentiras pretenden lo mismo.

ALICE. ¿Qué quiere de mí?

DINA. Ya se lo he dicho. Preguntarle acerca de algunas cuestiones para corroborar mi tesis.

ALICE. ¿Su tesis?

DINA. La inconfesable verdad del diácono Charles Dodgson.

ALICE. ¿Qué inconfesable verdad?

DINA. Eso es lo que usted me tiene que referir.

ALICE. ¿Yo?

DINA. Usted era una niña cuando Carroll se introdujo en su entorno familiar y... (*Cambiando de tema al reparar en el manuscrito*). ¡Increíble, el famosos manuscrito!... Aquí... De su puño y letra, con la famosa dedicatoria... .. Ahora lo tienen en la Biblioteca del Museo Británico, y ni siquiera a los investigadores nos resulta fácil hojearlo.

ALICE. ¿En el Museo Británico?

DINA. Después de la subasta y de dar algunas vueltas terminó allí. Pero no se preocupe, lo tienen a buen recaudo y muy bien conservado.

ALICE. No pienso desprenderme de él.

DINA. Lo hará.

ALICE. ¿Cómo puede estar tan segura?

DINA. No se ofenda pero juego con cierta ventaja con respecto al conocimiento de ciertos hechos, dada nuestra diferencia de edad, por decirlo así.

ALICE. ¿Por qué está aquí?

DINA. Digamos que me dedico a eso, a interrogar a las figuras del pasado. Sobre todo a las consideradas *indiscutibles*.

ALICE. No me diga que esa soy yo.

DINA. Ese es él para muchos.

ALICE. ¿Y por qué no se *le* ha presentado directamente a él?

DINA. Lo he intentado, pero no ha habido manera. Me teme. Además, sospecho que no iba a ser muy bien recibida. Soy demasiado mayor para él. Ya me entiende.

ALICE. El señor Dodgson es... era una persona muy reservada.

DINA. Ya lo creo, y muy metódica, de todo daba cuenta por escrito. He leído sus cartas y todo lo que de su diario ha llegado hasta nosotros, pero, como sabe, después de que muriera sus familiares hicieron desaparecer los documentos digamos que más escabrosos.

ALICE. No sabía.

DINA. ¿No?

ALICE. No.

DINA. Pues ya lo sabe. ¿Puedo, entonces, empezar la entrevista?

ALICE. De acuerdo, pero no creo que le vaya a servir de mucho lo que yo pueda decirle...

DINA. Ya veremos.

ALICE. De acuerdo.

DINA. Bien... Estamos en el mes de junio de 1865, usted tiene once años. Por esas fechas las relaciones entre el reverendo Dodgson y la familia Lidell se van a interrumpir repentinamente...

ALICE. Así es, mi madre le requirió a que dejara de visitar nuestra casa por un tiempo.

DINA. ¿Por qué?

ALICE. No sabría decir, yo era pequeña... Por lo visto, le requirió que dejase de hacerlo durante una temporada porque estaba cortejando a la señorita Prickett, nuestra institutriz... no le parecía correcto que se hiciera eso en casa.

DINA. ¿Eso?

ALICE. Me refiero al cortejo.

DINA. Ya... ¿Eso le comentó su madre, la señora Lidell?

ALICE. Sí, algo así... Bueno, apenas me acuerdo...

DINA. ¿Lo ha borrado de su memoria?

ALICE. Pues sí, he olvidado algunas cosas.

DINA. ¿Qué cosas?

ALICE. Si las recordara, podría decírselas.

DINA. *(Tras una pausa.)* Permita que le lea lo que por esas fechas anotó el señor Dodgson en su diario: *Alicia parece notablemente cambiada, aunque es harto dudoso que sea para mejor. Probablemente esté entrando en la fase de la pubertad.*

ALICIA. Sí, ya conocía esas palabras.

DINA. ¿Y qué opinión le merecen?

ALICE. Que a Charles le disgustaba que Alicia se hiciera mayor.

DINA. Le disgustaba...

ALICE. Sí. Los niños a medida que crecen van perdiendo el candor, ya sabe.

DINA. ¿Y?

ALICE. ¿Y?

DINA. ¿Le parece bien?

ALICE. ¿El qué?

DINA. Ese criterio de selección, vamos a llamarlo así.

ALICE. Me parece lógico.

DINA. ¿Lógico?

ALICE. Desde la perspectiva del señor Dodgson.

DINA. Una perspectiva un tanto peculiar, ¿no cree?

ALICE. El señor Dodgson, como sabrá, fue un avezado lógico y matemático...

DINA. ¿Y eso qué tiene que ver? Se está desviando de la cuestión.

ALICE. ¿Cuál es la cuestión?

DINA. La cuestión es que el señor Dodgson sentía un irreprimible interés por las niñas menores de edad, interés que se extinguía cuando éstas se convertían en mujeres.

ALICE. Sí, eso es así. ¿Qué problema hay en ello?

DINA. ¿Problema? ¿No le parece detestable?

ALICE. ¿El qué? Que a una persona le gusten los niños.

DINA. Exacto.

ALICE. ¿A usted no le gustan los niños?

DINA. ¡No es lo mismo!

ALICE. ¿Por qué?

DINA. Porque yo no tengo esa clase de instintos.

ALICE. ¿Qué clase de instintos?

DINA. Depredadores.

ALICE. ¿Y a usted qué le hace suponer que el señor Dodgson era un depredador?

DINA. Hay indicios.

ALICE. ¿Qué indicios?

DINA. Los que usted se resiste a confirmar.

ALICE. ¿Qué le hace pensar que me resisto? Es usted la empeñada en confirmarse a sí misma sus temerarias conjeturas. ¿Por qué tiene tanta necesidad de hacerlo?

DINA. Si me permite, ahora soy yo quien hace las preguntas.

ALICE. Está bien, pregunte. Pregunte, pero le ruego que no se desespere si mis respuestas no corroboran sus prejuicios. Esa vulgaridad es propia de algunos malos periodistas.

DINA. (*Tras una pausa.*) ¿Cómo empezó el señor Dodgson a relacionarse con la familia Lidell?

ALICE. Mi padre era decano del Crist Church College. Trabaron amistad desde el primer momento en que señor Dodgson entró allí a dar clases de matemáticas.

DINA. Amistad que, por lo visto, enseguida se extendió al resto de la familia.

ALICE. Sí, hizo muy buenas migas con mi madre...

DINA. Y, al parecer, también con las hijas.

ALICE. Sí, también con nosotras. Hacíamos excursiones en barca en las que nos contaba cuentos. De ahí surgió la historia...

DINA. Prosiga, por favor.

ALICE. Lorina, mi hermana mayor era «prima». Yo era «secunda», y «tertia» mi hermana Edith. Creo que el principio de «Alicia» lo contó una tarde de verano en la que el sol quemaba tanto que tuvimos que desembarcar en los prados junto al río, abandonando la barca para buscar refugio en el único trocito de sombra que encontramos al pie de un almiar recién hecho. Allí, las tres retomamos nuestra machacona cantinela, «cuéntanos un cuento» «cuéntanos un cuento»... y así empezó la historia de Alicia...

DINA. ¿Les hablaba de religión?

ALICE. ¿De religión?

DINA. Sí, de religión. Al fin y al cabo era un hombre de iglesia.

ALICE. Apenas.

DINA. ¿Y de moral?

ALICE. A su manera.

DINA. ¿Qué quiere decir?

ALICE. Decía que había que predicar con el ejemplo.

DINA. ¡Con el ejemplo!

ALICE. Por sus obras les conoceréis, le gustaba proferir esa frase del Evangelio.

DINA. Vaya...

ALICE. En cualquier caso no era una persona muy aleccionadora en ese sentido.

DINA. A pesar de su condición religiosa...

ALICE. Sí, a pesar de ello...

DINA. Pero le gustaba rodearse de niños.

ALICE. Sí, le gustaba estar con nosotros.

DINA. ¿Estar cómo?

ALICE. Nos entretenía...

DINA. Contándoles cuentos.

ALICE. Entre otras cosas...

DINA. ¿Qué cosas?

ALICE. Acertijos, juegos...

DINA. Y fotografías.

ALICE. Sí, era un gran aficionado a la fotografía.

DINA. De niños.

ALICE. Sí, por entonces era un género muy en boga.

DINA. ¿Un género?

ALICE. Retratos de niños con disfraz.

DINA. Usted posó para él...

ALICE. En varias ocasiones. También mis hermanas y mi madre.

DINA. Esta es una de las más célebres. En ella usted aparece como una pequeña mendiga descalza, con un andrajoso vestido blanco y con la mano ahuecada como pidiendo dinero.

ALICE. Me propuso jugar a imitar a una niña pobre mientras me fotografiaba.

DINA. Un juego un tanto peculiar. ¿No le parece?

ALICE. ¿Por qué? Se trataba de imágenes sentimentales muy del gusto popular.

DINA. ¿Recuerda haber disfrutado durante la sesión? ¿Se sintió en algún momento forzada?

ALICE. ¿Forzada? ¡En absoluto! Era como una fiesta de disfraces, el señor Dodgson te hacía sentir como la protagonista de una historia fantástica... Como la del rey de Cophetua...

DINA. El rey que aborrecía a las mujeres hasta que un día vio por la ventana a una niña harapienta de la que se enamora. Se casan y viven felices para siempre... ¡Qué enternecedor!

ALICE. Era un tema muy del agrado de los artistas de la época. El pintor Burne-Jones, lo plasmó en un hermoso lienzo prerrafaelista. El amor venciendo barreras generacionales, y toda clase de prejuicios y convenciones sociales. El poeta Tennyson también escribió un poema sobre el mismo asunto.

DINA. Fíjese bien en la postura, no resulta muy natural que digamos. La mano en la cadera le confiere un efecto provocativo, además hace que el vestido se deslice por el hombro descubriendo el pecho izquierdo.

ALICE. No sé a dónde quiere ir a parar.

DINA. A que existen similares imágenes tomadas a prostitutas infantiles callejeras. La misma actitud implorando unas monedas por el infame servicio.

ALICE. ¡Qué despropósito! ¡Estábamos representando un cuento!

DINA. El cuento de Lewis Carroll, rey de Copethua, disfrazado de fotógrafo dando rienda suelta a sus sucias fantasías.

ALICE. ¡No le consiento que profiera esas difamaciones!

DINA. ¡Es la verdad!

ALICE. ¿Quién se cree usted que es para decirme a mí lo que es o no es verdad sobre mi vida!

DINA. Sólo quiero ayudarla.

ALICE. ¿Qué?

DINA. No hay peor víctima que la que no sabe que lo es.

ALICE. Hemos acabado. Le ruego abandone este lugar ahora mismo.

DINA. Vamos, no tiene por qué ponerse así.

ALICE. Por favor...

DINA. Lo siento, no era mi intención ofenderla.

ALICE. Ignoro cómo ha llegado hasta aquí, pero le ruego que abandone esta estancia de inmediato...

DINA. Está bien, pero antes quiero ofrecerle mis disculpas. ¿Sabe? En el futuro las formas se irán perdiendo y tal vez por eso haya podido parecer desconsiderada.

ALICE. E impertinente.

DINA. Tal vez...

ALICE. Y arrogante.

DINA. Si...

ALICE. La arrogancia del ignorante.

DINA. Bien, por eso pretendía recabar información de primera mano.

ALICE. A partir de descabelladas ideas preconcebidas. ¡Sucias fantasías! Permita que sea yo la que ahora le pregunte: ¿Sucias fantasías o sucias miradas?

DINA. Convendrá conmigo en que la fotografía resulta muy ambigua.

ALICE. ¿Ambigua?

DINA. Tal vez sea una percepción de mi tiempo, pero le aseguro que cualquiera de mis coetáneos que mire esa fotografía ve en ella algo morboso.

ALICE. Entonces lo morboso estará en su tiempo y en la cabeza de sus coetáneos, no en la imagen de la fotografía en sí.

DINA. Eso es ir demasiado lejos, ¿no cree?

ALICE. Lo que es ir demasiado lejos es insinuar malas intenciones por parte de quien realizó ese retrato.

DINA. A todas luces, la imagen sugiere desnudez.

ALICE. ¿De veras?

DINA. Es evidente el propósito que anima a quien la hace...

ALICE. ¡Evidente! Y de ser así, ¿qué tendría ello de malo?

DINA. Entonces, le parece normal.

ALICE. ¿Normal?

DINA. Moralmente normal.

ALICIA. Permita que le pregunte una cosa tan solo por curiosidad histórica: ¿Quienes nos sucedan no tendrán otra cosa mejor que hacer que realizar juicios morales sobre las obras artísticas de sus antepasados?

DINA. ¿Considera «obra artística» esta composición...?

ALICIA. Por supuesto, y no soy la única en valorar el trabajo llevado a cabo con la cámara por el señor Dodgson. Su colección de fotografías forma parte de nuestra cultura.

DINA. Tal vez, pero habría que preguntarse quiénes y por qué han establecido el canon cultural... La cultura oficial ha ocultado lo que subyace detrás de determinadas obras, las zonas más negras de sus autores. Ha exculpado a muchos indeseables tan sólo por el hecho de ser artistas.

ALICE. ¿Exculpado? ¿Debo entender con eso que todo artista que se precie carga fatalmente con una «culpa»?

DINA. Me temo que sí.

ALICE. Según usted, ¿ninguna manifestación artística puede ser inocente?

DINA. Ninguna, al menos, ninguna de las que ha elevado a los altares la cultura hegemónica; toda obra de este selecto grupo siempre esconde un mecanismo de dominación.

ALICE. Entonces, en su opinión, no puede existir un arte «sin pecado concebido».

DINA. Imposible. Afortunadamente hemos desenmascarado ese mito de la expresión inmaculada. Es comprensible que a usted le resulte extraño este enfoque porque es hija de otro tiempo. Un tiempo, si me permite la expresión, de absoluta alienación idealista.

ALICE. No me diga...

DINA. Usted es hija del estetismo victoriano que se caracterizaba por mirar hacia otro lado desentendiéndose de las graves contradicciones sociales que estaban teniendo lugar delante de sus narices. Un caso clamoroso de irresponsabilidad histórica.

ALICE. ¿Irresponsabilidad histórica?

DINA. Sí, en el futuro se crearán comisiones para restituir la verdad histórica.

ALICE. ¡La verdad histórica! La historia la hacen las personas, no las comisiones.

DINA. Obviamente, no se trata de hacer historia. Tan sólo de estudiarla.

ALICE. ¿Sobre qué bases?

DINA. La de los hechos, naturalmente.

ALICE. ¿Y si los hechos no se ajustan a la idea previa con que parte la comisión?

DINA. No debe haber ideas previas.

ALICE. ¿Ah, no?

DINA. No.

ALICE. ¿Conoce usted el concepto de autocrítica?

DINA. Naturalmente, ¿y usted el de normatividad en la conducta social?

ALICE. ¿Qué?

DINA. Olvídelo, nunca lo entendería...

ALICE. Cuánta petulancia.

DINA. Lamento que se sienta ofendida, pero debo ser honesta.

ALICE. ¿Con quién?

DINA. Antes de nada, conmigo misma.

ALICE. Eso es muy poco cortés por su parte. Se trata de una actitud notablemente egocéntrica.

DINA. ¿Qué pretende? ¿Qué me traicione a mí misma? Esa hipocresía se la dejó a su añorada época victoriana.

ALICE. Esa hipocresía, como usted dice, se llama civilización.

DINA. Por supuesto, y esa civilización basada en la hipocresía tiene sus grandes referentes culturales como el escritor Lewis Carroll.

ALICE. No termino de entender su compulsiva afición a imponer condenas póstumas a los creadores.

DINA. No hay medio que justifique ningún fin, por mucha belleza formal que éste nos procure.

ALICE. Muy bien, en el caso que le interesa, no hay más que la transcripción de un relato improvisado en un paseo en barca por el Támesis...

DINA. De un personaje obsesionado con unos niños a los que en ocasiones fotografiaba desnudos.

ALICE. Desnudos.

DINA. Sí, desnudos. ¿Lo niega?

ALICE. No, también realizó algunas fotografías de desnudos.

DINA. Quien obliga a una niña a posar completamente así en mi época va directamente a la cárcel.

ALICE. ¿Por qué?

DINA. ¿Cómo que por qué?

ALICE. ¿Por retratar la inocencia?

DINA. ¿Inocencia retratada? ¡Esta sí que es inocencia de la buena!

ALICE. Muchos artistas de entonces eran aficionados a pintar niños desnudos como símbolo de pureza. Algo que no es nada nuevo en la historia del arte, desde los amorcillos del mundo clásico a los ángeles de la pintura religiosa. Me cuesta creer que vayan a ser incapaces de apreciarlo en apenas cien años.

DINA. Y a mí me cuesta creer que a su edad persista como una niña pequeña en la ignorancia del mal.

ALICE. El mal, esa es una buena cuestión. Alguien dijo que lo peor que hacen los malos es obligarnos a dudar de los buenos.

DINA. ¡Los buenos! ¡Bueno un individuo que anima a las niñas a posar con «su vestido favorito», «en traje de Eva», «sin ataduras»... con esas palabras zalameras las engatusaba.

ALICE. Siempre solicitaba permiso a sus madres para llevar a cabo su trabajo artístico.

DINA. ¡Trabajo artístico! ¡Qué buen eufemismo! ¿Sabe cómo llamaba el propio Carroll a ese «trabajo»? «El arte oscuro». ¡Y tanto!

ALICE. Oscuro porque para revelar las fotografías se requería oscuridad...

DINA. Ya, ya...

ALICE. Puede que le extrañen ciertas expresiones, pero le aseguro que el diácono Dodgson era el primero en preocuparse por la mala utilización que esas imágenes podían ocasionar en manos ajenas. Tanto es así que mandó destruir muchas de sus placas para evitarlo.

DINA. Es decir, que admitía que contenían un aspecto impúdico.

ALICE. Ya le he dicho que fue un pionero de ese arte nuevo. Fue de los primeros en advertir que el realismo que ofrecía la cámara podría hacer que algunos confundieran aquellos desnudos con mera pornografía. Le costaba aceptarlo porque pretendía, precisamente, lograr el efecto contrario. De hecho, en aquel periodo era frecuente felicitar la navidad con postales de niños desnudos. Pero al final, por respeto a aquellas criaturas, a sus familias y para evitar engorrosos malentendidos, abandonó la actividad.

DINA. Resulta asombroso cómo en determinados periodos, el propio lenguaje se convierte en un sofisticado disfraz. Cuánta verbosidad para evitar llamar a las cosas por su nombre, para declarar abiertamente que el rey de Copethua está desnudo.

ALICE. Lo que Carroll buscaba en compañía de los más pequeños era regresar a una infancia eterna. Sin peligros ni acechanzas.

DINA. Los datos que nos han llegado hacen albergar serias dudas sobre la naturaleza de su inclinación hacia los pre-púberes.

ALICE. Sólo puedo hablar de mi propia experiencia. ¿No es eso lo que ha venido a conocer?

DINA. Sí, pero no sólo hablan sus palabras. Es más, tanta reafirmación resulta sospechosa.

ALICE. Ah, de nuevo la sospecha.

DINA. No tengo intención llevar a cabo con usted ninguna indagación psicológica, mi campo es otro: la literatura desde la perspectiva de los estudios de género... Pero, desde este enfoque, permita que le diga que no me resulta nada convincente su versión de los hechos... Ese idílico cuento del bonachón amigo del padre, matemático tartamudo y algo despistado, que encuentra en el mundo de la infancia un oasis edénico de pureza y candor, ese sí que es un cuento completamente inverosímil.

ALICE. ¿Y por qué no pudo ser así? El señor Dogdson se resistía a entrar en el mundo de los adultos. Temía el paso del tiempo, eso es todo. Por eso buscaba desesperadamente la compañía de los pequeños. Con ellos encontraba la felicidad. Esas fotografías eran espejos en los que gustaba mirarse como un niño más. Lo mismo que con los títeres que hacía mover en su pequeño teatro... Le gustaba el teatro porque, según él mismo decía, era un espacio en que se sentía a resguardo de los peligros que acechaban en el sórdido mundo de los adultos... El teatro para él era un espacio cálido, ordenado, inofensivo...

DINA. Evidentemente era una persona con problemas de adaptación, precisamente por eso, considero que se ajusta perfectamente al perfil de...

ALICE. (*Interrumpiendo*)

Y, sí, estaba fascinado con esa nueva invención: la fotografía. Decía que no sólo se podía captar el instante haciendo que el tiempo se detuviera, sino que la concebía como el medio de llegar a un ideal de pureza que no dejaba de buscar en todo lo que emprendía, desde las matemáticas a la poesía.

DINA. ¿El ideal de pureza en una niña disfrazada de mendiga, por ejemplo? Aquí volvió a retratarla con los calcetines bajados a la altura de los tobillos y un inquietante moratón en una pierna...

ALICE. Le repito que la línea que hasta entonces separaba la belleza artística de las imágenes pornográficas estaba muy definida y Dodgson nunca la traspasó. Es cierto que con la aparición de la fotografía las cosas empezaron a no estar tan claras por lo explícito del resultado. Ahora bien, le puedo asegurar que todo el trabajo de Carroll en este sentido fue exclusivamente artístico. «Sólo Lewis Carroll nos ha mostrado el mundo tal y como un niño lo ve, y nos ha hecho reír tal y como un niño lo hace». Son palabras de Virginia Woolf.

DINA. Le diré una cosa: esa resistencia a madurar de su amigo el diácono fue el legado que, entre otras lindezas, dejó a todos los niños con que se relacionó. Y me dice que no se dedicaba al adoctrinamiento. Lo hacía a conciencia, usted es una clara consecuencia de su apostolado. Del mismo modo que en la China antigua se impedía con vendas el crecimiento de los pies de las niñas, así él se dedicó a atrofiar el natural desarrollo de muchos de sus pequeños y, sobre todo, de sus pequeñas amigas.

ALICE. Usted, en cambio...

DINA. ¿Yo, qué?

ALICE. Por lo visto ha podido desarrollar su sólida personalidad con absoluta normalidad.

DINA. Sólo sé que en un momento dado dejé de creer en los cuentos de hadas. Muy pronto descubrí que lo único real de ellos son los lobos al acecho.

ALICE. ¿Qué le sucedió?

DINA. ¿A qué se refiere?

ALICE. Usted también comunica con su forma de hablar. Desprende mucho resentimiento, trasluce herida... ¿de qué se trata?

DINA. ¿No pretenderá psicoanalizarme?

ALICE. En absoluto, pero la veo excesivamente obsesionada con este asunto.

DINA. Procuero hacer bien mi trabajo.

ALICE. Su trabajo de verificación

DINA. Exacto.

ALICE. ¿Y realmente cree que a la posteridad le resultará de algún interés conocer las íntimas motivaciones de los artistas?

DINA. Será necesario hacer justicia con algunas biografías para no legitimar conductas execrables.

ALICE. ¿Me considera una víctima?

DINA. Lo es, como todos aquellos que cayeron en sus manos. Los niños carecen de mecanismos de defensa.

ALICE. Está demasiado convencida, ya ha emitido su sentencia por mucho que yo diga o deje de decir.

DINA. Hay suficientes indicios...

ALICIA. Pero aún le cabe una duda razonable que impide la condena en firme. ¿No es así?

DINA. ...

ALICE. Eso debiera honrarla como investigadora y también como persona.

DINA. Somos productos de nuestra época, es cierto. Para su educación victoriana la máxima aspiración de la mujer consistía en hallar un buen marido al que someterse en cuerpo y alma. ¿Sabe que en la Inglaterra de su niñez había más burdeles que escuelas? ¿Quiere que le diga cuál era la edad media de las prostitutas? Y lo peor era que aquella situación se aceptaba con normalidad por todos y todas. Bueno, casi todas. Afortunadamente hubo mujeres que reaccionaron. Gracias a ellas muchas hemos podido proyectarnos hacia algo más que parir, atender la casa y no perturbar la voluntad y el deseo de nuestros señores.

ALICE. Los tiempos han cambiado mucho. En esta década de los veinte la situación de las mujeres es diferente a la del siglo pasado, no puedo imaginar cómo será en su tiempo...

DINA. Algo mejor, pero aún se dejan sentir los estertores de un sistema que se resiste a espirar y que, literalmente, produce víctimas.

ALICE. Todo eso me parece muy bien, pero le repito que nada tiene que ver con mi relación con el señor Dodgson.

DINA. Su falta de conciencia es resultado de todo aquel sistema. La compadezco.

ALICE. ¿De veras? ¿Le parece que estoy hipnotizada o como ha dicho antes: «alienada»? Pues de estarlo, vivo una vida tran-

quila y ordenada, algo que se acerca bastante a la felicidad para la clase burguesa a la que pertenezco.

DINA. Si usted fuese una mujer burguesa convencional no estaría ahora hablando conmigo ni confundiría el mundo de los sueños con la realidad. Le falta visión pragmática, la que sí tenía su difunto esposo. Aquí está usted en estos momentos, resistiéndose como una niña a desprenderse de su objeto de infancia mientras las deudas reales se ciernen sobre esta mansión de Cuffnells.

ALICIA. Usted es joven todavía, aprenderá a apreciar y respetar su propio pasado.

DINA. Me recuerda a mi madre. Obcecada y anclada con fuerza en un pasado idealizado. Un pasado nada complaciente, especialmente duro. También ella normalizó el silencio ante los abusos. Y decidió olvidar, o mejor dicho, crearse un relato, digamos que más llevadero.

ALICIA. Comprendo cuál ha sido la situación de algunas mujeres...

DINA. (*interrumpiendo*)

De algunas mujeres, no. De las mujeres.

ALICIA. ¿Qué sabrá usted de las mujeres de mi época?

DINA. Sé que recibieron una educación pensada exclusivamente para ser ejemplares reinas del hogar. Llegó la Gran Guerra y fue ensalzada la figura de la abnegada madre... la abnegada madre como en su caso, que pierde dos hijos en combate y todavía le piden resignada abnegación... ¡Y un cuerno!... Tras la paz, y ante las bajas de contienda se hizo necesaria mano de obra en el campo y en las fábricas para levantarse de los escombros, y ahí, las mujeres del pueblo además de abnegadas madres tuvieron que ser además eficientes trabajadoras... ¡Ya habíamos salido del ámbito doméstico! ¡Qué gran conquista! Aunque eso sí, carecíamos de los derechos de los varones y por supuesto, nuestros salarios eran mucho más bajos... Al día, de hoy, en su presente, el voto femenino sigue siendo una anhelada aspiración de las sufragistas, gracias a las cuales, esta que ahora tiene delante ha podido estudiar una carrera.

ALICE. También yo aprecio a esas mujeres.

DINA. ¿Entonces?

ALICE. ¿Entonces?

DINA. ¿Denunciaron los abusos?

ALICE. Alicia no tiene nada que ver con eso.

DINA. Alicia, Alicia... ¿y soy yo la obsesionada?

ALICE. Cada uno elige sus obsesiones, tal vez en eso consista la tan cacareada libertad. Usted su objeto de investigación, sus redentoras comisiones; yo, elijo Alicia.

DINA. Pero usted no es Alicia.

ALICE. Una parte importante de mí lo es.

DINA. Cambiará.

ALICE. Alicia no cambiará nunca.

DINA. Me temo que Alicia se hizo mayor. Hace tiempo que regresó del País de las Maravillas.

ALICE. Una parte sí y otra no.

DINA. Se le pasará.

ALICE. Claro...

DINA. He llegado algo prematuramente. Estamos en 1923, acabará vendiendo ese manuscrito autógrafo. Los ingresos recibidos le procurarán un providencial desahogo económico. A partir de entonces, se requerirá su presencia en prestigiosas instituciones como la inspiradora del personaje inventado por Lewis Carroll. Será invitada a dar conferencias en los teatros. Al principio se mostrará encantada en su papel de protagonista de cuento. Hasta que un buen día dirá: «Estoy harta de ser la Alicia del País de las Maravillas».

ALICE. Ahora es usted quien fantasea.

DINA. Son sus propias palabras pronunciadas dentro de unos años. Precisamente al cumplirse el centenario del nacimiento del eminente Lewis Carroll. La pasearán de un lado para otro como un fenómeno de feria y usted, mayor, más mayor, por fin mayor, terminará cansándose de ser contemplada como una criatura de ficción, de hallarse encorsetada en un abrumador arquetipo infantil, de verse durante décadas condicionada, limitada y manipulada por la perturbadora sombra del diácono Dodgson.

ALICE. Cállese. No quiero escucharla más.

DINA. Lo siento, pero tiene que hacerlo. Pienso llegar hasta el final.

ALICE. ¿A qué final?

DINA. A la explicación final de aquel inconfesable «pecado» que el propio Carroll declaró haber cometido durante la etapa en que mantuvo relaciones con la hija de los Lidell.

ALICE. ¿Relaciones?

DINA. Abusos, tal vez.

ALICE. ¡Eso es mentira!

DINA. Ya está bien, Alice. Carroll era un pedófilo de manual, reprimido si quiere, pero pedófilo a fin de cuentas.

ALICE. ¿Cómo puede estar tan segura? ¿No le parece que está yendo demasiado lejos con sus conjeturas?

DINA. Estoy convencida, todo apunta en esa dirección. Estoy convencida.

ALICE. No, no lo estás. Por eso estás aquí, porque te gustaría confirmar tu hipótesis, pero no puedes.

DINA. He estado investigando a fondo.

ALICE. Pero no tienes ninguna certeza y yo no te la puedo dar. Eres demasiado honesta para aventurar una idea que no está acreditada por nada ni por nadie, ni siquiera por el testimonio de la propia Alicia Pleasence Lidell.

DINA. La ambigüedad de todos los datos que nos han llegado resulta exasperante.

ALICE. ¿Por qué? Tal vez forme también parte de su obra. Como esas ilustraciones de entonces en las que, en función de nuestra forma de enfocar la mirada, podíamos distinguir bien una amable composición de cuerpos infantiles de niños jugando, o una lúgubre calavera.

DINA. La foto de su hermana Lorina desnuda no resulta nada ambigua... Sin embargo, fue otra la gota que colmó el vaso en su casa... ¿verdad?

ALICE. Adelante, continúe fantaseando...

DINA. Conoce de sobra cuál fue ese horrible pecado que el propio escritor declara en su diario.

ALICE. Ninguno, no hay ningún pecado. No sé cómo hacérselo saber.

DINA. (*Lee.*)

«Pecador, ruin, depreciable; oh, Dios, ayúdame a llevar una vida más santa. El espíritu está dispuesto pero la carne es débil. Protégeme contra la tentación del demonio y las inclinaciones de mi propio corazón pecaminoso.» ¿Qué le parece este arrebato de sinceridad de su admirado preceptor?

ALICE. No me gusta que se profanen ni las tumbas ni los diarios de los muertos. Pero le revelaré algo que tal vez le ayude a no precipitarse en sus conclusiones. Charles Dodgson repudiaba la — ¿cómo le diría? — la necesidad carnal en los seres humanos. Aunque de vez en cuando sentía a la ardiente llamada que trataba de satisfacer con personas adultas. Sus experiencias en este sentido podríamos calificarlas de muchos modos excepto de gozosas. De esa naturaleza, por ejemplo, fue su encuentro con nuestra institutriz, la señorita Prickett. Se sentía sucio y culpable. El mundo de la infancia era su lugar de redención.

DINA. ¡Acabáramos!

ALICE. Ese es su problema, está aferrada a una creencia que trata de disfrazar con su particular interpretación de unos hechos. Permita que le diga que manifiesta una actitud profundamente religiosa.

DINA. ¿De verdad, quiere que le diga cuál fue ese «pecado inconfesable» del que estuvo arrepentido toda su vida?

ALICE. ¿Qué es esto

DINA. Una carta de su hijo Caryl recientemente hallada... Leo:
«Querida madre:

Te extrañará que me dirija a ti por escrito pudiéndolo hacer en persona. He preferido hacerlo de este modo dada la delicadeza del asunto que quiero manifestarte y que, considero, requiere una precisión y una ponderación que no soy capaz de mantener en tu presencia. Lo que quiero comentarte concierne a tu relación con el reverendo Dodgson, concretamente al motivo por el cual mi abuela le cerró definitivamente las puertas de casa. No me andaré con rodeos; como sabes, alguien — probablemente él mismo — arrancó de su diario las páginas correspondientes a aquellos días. Pues bien, al cabo de los años una mano anónima me lo has hecho llegar.

No cabe la menor duda: la razón de la ruptura no fue otra que su osada pretensión solicitar de los abuelos la mano de su hija de once años de edad, Alice Pleasence. Al día de hoy, mi madre. Puede que no se tratara más que de una ocurrencia de mal gusto en ese estilo *non sense* tan del agrado del escritor, en cualquier caso, fue merecedora de la reacción de mis abuelos y de una opinión generalizada de la cual participo plenamente, pues considero tal iniciativa como propia de una mente perturbada y manipuladora que se sirve de quienes le rodean para, en el mejor de los casos, reducirlos a la condición de personajes de cuentos infantiles, con sombrío y siniestro trasfondo. Comprenderás, mamá, que a partir de ahora me sea imposible contemplar todos tus recuerdos relacionados con el reverendo Dodgson con esa mirada limpia y benevolente con que lo hacía hasta ahora. Especialmente esos retratos en los que apreciaba un candor, hoy por hoy, y a la vista de estas informaciones, completamente desvanecido, me resultan de una infamia insoportable.

Es todo cuanto quería decirte, disculpa este acceso de filial sinceridad que mi pusilanimidad —ya me conoces— me ha impedido hacer en tu presencia y de viva voz, como el adulto que se supone que soy.

Te quiere, tu hijo Caryl.»

(Pausa.)

ALICE. Me propuso matrimonio.... Sí, les pidió mi mano a mis padres. La edad de consentimiento eran los doce años. Efectivamente, yo apenas acababa de cumplir once...

DINA. Siga, por favor...

ALICE. Lo entendí más tarde...

DINA. ¿Qué entendió?

ALICE. Cuando él me explicó en tono de disculpa lo torpe e imprudente que había sido su conducta. Me sacaba más de veinte años. El pobre Charles, tartamudo y desgarrado apenas sabía nada de la vida, era... ¿cómo le diría?... un ser absolutamente incompatible con la realidad, sólo a alguien así se le ocurre presentarse ante mis padres con semejante propuesta. Tal vez pueda considerarse un grave trastorno

lo que padecía: la aversión a todo tipo de relación carnal entre los seres humanos. Usted, junto a todos los suspicaces investigadores de su época, nunca aceptará que lo que veía, lo que buscaba en sus niñas no era otra cosa más que la manera de rehuir, precisamente, el pecado de la carne.

DINA. ¿Por qué sólo niñas?

ALICE. Le incomodaba la imagen de los varones porque le devolvían la suya propia de niño, y esa imagen...

DINA. ¿Sí?

ALICE. Tal vez, le trajera ingratos recuerdos...

DINA. Entiendo.

(Silencio.)

¿Sabe que la pedofilia se considera un trastorno innato? Aunque, claro, eso no significa que todos los pedófilos sean o se vayan a convertir en abusadores sexuales. Tal vez Carroll no fuera más que uno de los que se conocen como «pedófilos virtuosos». A fin de cuentas, nadie es culpable de sus deseos, pero sí responsable de sus actos; y estoy dispuesta a considerar la posibilidad de que Carroll no llegara a traspasar ninguna línea roja. Para que la pedofilia sea enfermedad debe darse falta de autocontrol y, según su declaración, parece que no era el caso de Carroll; por mi parte estoy dispuesta a considerar que Carroll supo controlar o sublimar sus impulsos, incluso que, en ocasiones llegó a comportarse como un «pedófilo virtuoso», de los que se esfuerzan por evitar el abuso infantil en ellos y en los demás. Sí, estoy dispuesta a tenerlo en cuenta.

ALICE. Le agradezco su esfuerzo, aunque lamento que le resulte inconcebible contemplar la probabilidad de la inocencia. De una inocencia absoluta.

DINA. Antes de nada, me debo a mis conclusiones. En cualquier caso, le agradezco mucho su confianza. Espero que sepa disculpar si he resultado excesivamente incisiva.

ALICE. Descuide, también las normas del decoro cambian de un día para otro. Para mí ha sido un placer conocerla o... imaginarla, vaya una a saber.

DINA. Viene a ser la misma cosa.

ALICE. Es curioso, tengo la sensación de que se ha roto algo dentro de mí. Le acabo referir cosas que nunca antes le había confiado a nadie. En cualquier caso, lo único que prueba esa carta es que mi hijo Caryl, al conocer la propuesta de matrimonio, también empezó a recelar de la figura del señor Dodgson. Entiendo que a un hijo le repugne la idea de que su madre pudiera haberse casado a los once años con un religioso amigo de la familia.

DINA. Pues sí, es bastante comprensible.

ALICE. Usted también es hija.

DINA. También. También he padecido las secuelas que en mi madre...

ALICE. ¿Sí?

DINA. Prefiero no hablar de ello. Mejor lo dejamos para un próximo encuentro. *(Tras una pausa.)* Gracias por su tiempo, ha llegado el momento de regresar al mío.

ALICE. Espero haberle servido de ayuda.

DINA. Ya lo creo...

ALICE. Continúa pensando que vivo engañada en un relato ilusorio, ¿verdad?

DINA. ¿Quién no? Pero no se preocupe, saldrá de ello. De hecho ya lo está haciendo. Sólo ha sido una recaída al otro lado del espejo. Nada grave.

ALICE. ¿Y su hipótesis?

DINA. Seguirá siendo sólo eso: una hipótesis, una probabilidad. Como la de la inocencia, a pesar de que, ¿sabe?, en mi presente, allí donde me dispongo a regresar, ésta hace tiempo que yace sepultada por, como usted dice, una implacable losa de sospecha. La inocencia allí, créame, goza de muy mala fama; nadie la quiere ya, ni en el arte, ni en el amor, ni siquiera en la infancia. Y cuando de manera excepcional asoma en alguno, ya nos encargamos entre todos de aniquilarla con una sonrisa irónica de condescendencia y superioridad. Qué se le va a hacer. Tenemos mucho miedo.

(Silencio. DINA abre el manuscrito y lee)

Por último, imaginó como sería, en el futuro, esta pequeña hermana suya, como sería Alicia cuando se convirtiera en una mujer. Y pen-

só que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contrales un cuento extraño, quizás este mismo sueño del País de las Maravillas que había tenido años atrás; y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días de verano.

(DINA desaparece)

(Al público.)

Se fue para siempre. Ella, como el Conejo Blanco me había empujado a un abismo de inesperadas transformaciones, había logrado que me hiciera preguntas que nunca antes me había formulado; dudé... Sí, me asaltaron muchas dudas sobre la idílica versión que tenía de mis lejanos recuerdos infantiles... Aunque, estas dudas pronto habrían de disiparse, pronto volvería a reafirmarme, con aún más vigor si cabe, en la inocencia del creador de *Las aventuras de Alicia*... Pero sí, por un momento dudé...

Acaso aquel alucinado encuentro con la joven investigadora fuera la manifestación de una latente sospecha sembrada en lo más profundo de mi inconsciente que de forma tardía había empezado a germinar tantos años después. En cualquier caso, logró, por unos instantes, enturbiar la límpida imagen que desde el primer día me había forjado de Charles Dodgson. Tal es la fuerza de la insidia, que termina horadando la roca de nuestra confianza aún en nuestras más profundas convicciones, en nuestras más inquebrantables lealtades. Y las páginas del relato de lo que hemos sido, de repente se nos antojan de una falsedad inaceptable.

(Entra CARYL)

CARYL. Ya está. Me han rogado que les avise por si por cualquier razón cambias de parecer...

ALICE. Caryl...

CARYL. ¿Sí?

ALICE. Nunca he sabido qué opinión te merecía el señor Dogson.

CARYL. Sólo le he conocido a través de ti, y bueno, como figura pública... Es un gran escritor.

ALICE. Cierto, en casa apenas hemos hablado de él. Por delicadeza.

CARYL. Mi padre apreciaba sus relatos y su poesía. Bromeaba ante el rumor de que a la abuela le había pedido la mano de tía Ina cuando ésta tenía quince años. «He estado a punto de tener un cuñado escritor, fotógrafo, matemático y tartamudo.»

ALICE. Sí, nunca pensó nada malo. Tampoco tú.

CARYL. ¿Malo?

ALICE. Ya sabes, su atracción por los niños.

CARYL. Nunca tuvo malas intenciones. Tú misma nos lo has contado muchas veces.

ALICE. Sí, así es...

CARYL. Lo contrario sería monstruoso, no tendría sentido...

ALICE. Por supuesto, no tendría sentido...

CARYL. Mamá, ¿qué es lo que te inquieta?

ALICE. Hay quien dice que nuestros recuerdos son elaboraciones que no necesariamente se corresponden con la realidad...

CARYL. Sí, son teorías de esa nueva ciencia basada en todas las conjeturas de ese médico austriaco... Y se atreven a llamarlas *ciencia*...

ALICE. Tú, como tus hermanos, has estado en el frente.

CARYL. ¿Y?

ALICE. Hablas poco de ello.

CARYL. ¿Para qué?

ALICE. Sí, para qué.

CARYL. Recordar de alguna manera es revivir.

ALICE. Entiendo, por eso has borrado de tu memoria las malas experiencias.

CARYL. ¿Qué pasa, mamá? ¿Pasó algo con el doctor Dodgson que te hizo daño? ¿Algo que no quieras recordar?

ALICE. No, no... Todo lo contrario... ¿Qué piensas tú?

CARYL. ¿Yo?

ALICE. ¿Crees que fue una buena persona?

CARYL. Pues claro que fue una buena persona, un mentor algo excéntrico que los abuelos aceptaron desde el primer momento... ¿No es así?

ALICE. La abuela le pidió que dejara de frecuentar la casa por un tiempo... ¿sabes por qué?

CARYL. Supongo que las vidas de todos fueron cambiando de curso. Las cosas se agotan. Ah, bueno, y además está lo que nos has contado; sus galanteos con la señorita Prickett, la institutriz. La abuela y sus rígidas convenciones victorianas. Pero ahora creo que era una mentira piadosa para evitar declarar que el señor Dodgson le había pedido la mano de su hija.

ALICE. La tía Ina.

CARYL. Claro, la tía Ina... Puede que lo hiciera para evitarle la impresión a una niña de once años. Esa era tu edad por aquel entonces, ¿verdad?

ALICE. ¿Te parece normal casarse con una adolescente de quince años?

CARYL. Entonces las chicas se casaban muy jóvenes, bastaba con que el prometido pidiera la mano formalmente a los padres de la novia.

ALICE. ¿Y la diferencia de edad? Charles, por entonces le doblaba la edad a tu tía.

CARYL. Se trata de una cuestión cultural. Las parejas desiguales en edad son algo completamente normal para muchas sociedades.

ALICE. ¿No te parece algo antinatural?

CARYL. ¿Antinatural? La civilización es lo más antinatural que conozco.

ALICE. ¿Lo apruebas?

CARYL. Digamos que lo acepto.

ALICE. ¿No te parece...?

CARYL. ¿Qué?

ALICE. Depravado.

CARYL. ¿Depravado? ¿Carroll te parece depravado?

ALICE. No, no quiero decir eso...

CARYL. ¿Entonces?

ALICE. Sólo digo que no es muy habitual.

CARYL. Para las normas sociales del momento. Sabes lo que pienso, mamá. Que el reverendo Dodgson era, por encima de todo, un romántico. Se dejaba llevar por sus impulsos sin reparar en las convenciones. Fue un buen bálsamo para vuestra rígida educación victoriana.

ALICE. ¿Realmente lo piensas así?

CARYL. Desde luego.

ALICE. Pero, precisamente por esa razón, si esos impulsos...

CARYL. ¿Si esos impulsos...?

ALICE. No necesariamente fueran impulsos emocionales, si fueran impulsos de otra naturaleza, quiero decir más...

CARYL. ¿Más...?

ALICE. ... Primarios.

CARYL. Vamos, mamá, ¿qué te pasa? Nunca te había oído hablar así. Sabes qué pienso, que gracias al cielo nos hemos librado de aquel puritanismo.

ALICE. Puede que regrese.

CARYL. ¿El qué?

ALICE. El puritanismo. Siempre regresa. Ya verás dentro de un siglo. Bueno ni tu ni yo lo veremos, pero ya verás cómo regresa. Y como todos los puritanismos lo hará disfrazado de gran benefactor. Regresará con una sonrisa amable como la del gato de Cheshire poniendo límites al deseo para liberarnos de la libertad.

CARYL. Mamá, haz el favor de apaciguar un poco a la Alicia del cuento...

ALICE. Ya se fue...

CARYL. Bien...

ALICE. Pero antes, por un momento...

CARYL. ¿Sí?

ALICE. He pensado en el futuro...

CARYL. En el futuro...

ALICE. En un futuro lejano, dentro de más de cien años...

CARYL. Las aventuras de Alicia a través del tiempo...

ALICE. Sí, o mejor, ha sido ella quien se ha desplazado al pasado.

CARYL. ¿Ella?

ALICE. Dina Bale.

CARYL. ¿Dina Bale?

ALICE. Una mensajera.

CARYL. Una mensajera.

ALICE. Me ha entregado esta carta. Lleva tu firma.

CARYL. ¿Cómo?

ALICE. Tú la escribiste, ¿no es así?

CARYL. Sí, pero... ¿dónde la has encontrado?

ALICE. Ya te he dicho que me la han hecho llegar...

CARYL. En un arrebato te escribí una carta pero luego me arrepentí y decidí que no debías leerla.

ALICE. Pero no la rompiste.

CARYL. La guardé entre las páginas de un libro y pronto me olvidé de ella. Pensaba destruirla... La escribí en un mal momento... La idea me repugnaba... Luego entendí que podía tratarse de un infundio, qué se yo... No sé cómo ha podido aparecer aquí y ahora...

ALICE. Todo obedece a una lógica aunque no alcancemos a comprender.

CARYL. Era muy joven... No alcanzaba a entender que las costumbres de entonces eran otras. Ahora la anécdota hasta me hace gracia.

ALICE. Mi pequeño Caryl... Me gusta cómo eres. Me gusta que vivas el presente con intensidad. Me gusta aprender de ti. En contra de lo pueda parecer, son los padres quienes deben aprender de sus hijos. Lo digo en serio, no es un juego de palabras de esos, ya sabes... No, los padres debieran saber mirarse en el espejo de sus hijos para apreciar, precisamente, esos puntos de fuga que los liberan de parecerse a sus progenitores... Los padres suelen pensar que sus hijos son una versión perfeccionada de ellos mismos, pero nunca alcanzan a considerar que los hijos pueden llegar a perfeccionarlos cambiando el concepto que tienen de sí mismos... (*Le entrega el manuscrito*)... Anda, avisa a esas personas antes de que sea demasiado tarde.

CARYL. Pero...

ALICE. Vamos, tampoco es para tanto. Hay que saber desaparecer de las reliquias.

CARYL. Pero tú misma has dicho que sería una traición.

ALICE. Tu madre también tiene derecho a ofuscarse y a decir cosas exageradas. Y a rectificar. Y a hacerse mayor.

CARYL. Podemos darnos un tiempo para pensarlo mejor.

ALICE. ¿Tiempo? Tengo la certeza de que ese manuscrito se su-
batará y nos reportará una importante suma... Anda, ve...
(*CARYL sale con el manuscrito. ALICE se incorpora y se contempla
en el espejo. Al cabo aparece HATTA*)

HATTA. – ¡Despierta ya, Alicia! – le dijo su hermana – . ¡Cuánto rato
has dormido!

ALICE. – ¡Oh, he tenido un sueño tan extraño! – dijo Alicia.

HATTA. – Realmente, ha sido un sueño extraño, cariño. Pero ahora corre
a merendar. Se está haciendo tarde.

ALICE. Pensé que no volverías.

HATTA. Error. Allá donde vaya Alicia, allá me encontrará.

ALICE. ¿Y cuándo Alicia muera?

HATTA. Imposible, eso no puede pasar. Si Alicia muriera dejaría
de existir.

ALICE. Muy agudo.

HATTA. Quiero decir, que Alicia es inmortal.

ALICE. No sé si eso me alegra o me apena.

HATTA. Es como una diosa-niña que se ha encarnado en ti. Te debes
a un destino superior.

ALICE. Me temo que ya no estoy en condiciones.

HATTA. Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Quieres abandonar el País de
las Maravillas?

ALICE. Exactamente.

HATTA. Pero, ¿por qué?

ALICE. Buena pregunta.

HATTA. ¿Quieres dejar de ser Alicia, abandonar el lugar donde
no pasa el tiempo, donde todo es un juego inofensivo, sin
consecuencias...

ALICE. Sí, me he cansado de esa vida *inconsecuente*.

HATTA. Loca, loca, loca... Mujer loca, no, no, no me quito el som-
brero. Te vas a convertir en una señora mortal y corriente.

ALICE. Hatta, me dispongo a tomar un poco de té. Haz el favor de
desacompañarme.

HATTA. No, eso no puede ser...

ALICE. Hatta...

HATTA. No, espera, espera... *¿Sabes cuál es el problema de este mundo? Todos quieren una solución mágica a los problemas, pero todos rehúsan creer en la magia.*

ALICE. Disculpa, no alcanzo a entenderte... y casi no te veo.

HATTA. No puedes hacer eso, niña tonta... niña tonta... niña...

ALICE. Adiós Hatta. El sueño se acabó.

HATTA. No creas que vas a salirte con la tuya; no te vas a librar de ser el sueño de alguien.

(HATTA desaparece)

ALICE *(al público)*

Pobre Hatta. No volví a verlo. Tampoco a otros habituales de mi delirio Carrolliano como el Conejo Blanco que se me presentaba vestido de boxeador, la expeditiva reina de corazones, el gato de Cheshire, el ahuevado Humpty Dumpty, los gemelos Tweedledum y Tweedledee...

Efectivamente, como había previsto Dina Bale, terminé declarando abiertamente cuánto me exasperaba ser confundida por el personaje del cuento; y es que, a pesar de lo que pueda pensarse sobre las ventajas que puede conllevar ser un mito viviente, lo cierto es que termina resultando de una insoportable servidumbre pues lastra la identidad del pobre sujeto, y bien puede quedarse una encadenada de por vida al arquetipo en cuestión. El principal inconveniente para el infortunado que tiene que cargar con esa referencia es que le priva de la posibilidad de escribir su propio relato, es decir, de construirse una imagen de sí mismo... cómo diría, *más real*. Concepto éste, el de la realidad, también sujeto a alambicadas disquisiciones que, paradójicamente, siempre terminan zozobrando entre brumas de irrealidad.

Con todo, soy consciente, tal como señaló Hatta, de que ésta que ahora les habla puede que, como la Alicia de la ficción, no sea más que el producto de una vana ensoñación, de un relato ajeno a mi propia voluntad. También lo es la imagen que a lo largo del tiempo se ha ido creando de Charles Lutwidge Dodgson. ¿Una turbia y siniestra figura de reprobables tendencias pedófilas, o un tímido y afable profesor que se refugió inocentemente en el mundo de la infancia

dada su decisión consciente de no madurar? Ustedes ya conocen mi opinión al respecto; sin embargo, a estas alturas, no pretendo convencerles de nada. He aprendido por propia experiencia que los seres humanos seleccionamos los argumentos que nos ayudan a creer lo que deseamos creer. Así pues, cada cual elige más que a conciencia, a conveniencia. Existe un refrán (creo que español) que dice algo así como que el que piensa mal siempre termina por acertar. Terrible sentencia que condena al infortunio a quien la profiere; porque al pensar mal buscará denodadamente acertar en su vaticinio hasta que éste se vea, inexorablemente, cumplido. Pues bien, quisiera ahora desplegar esta sentencia frente al espejo para colocar del revés su aciago mensaje.

Concluyo así mi comparecencia con esta discreta y bien intencionada recomendación: «piensa bien y acertarás».

Pensar bien, todo se reduce a eso.

Muchas gracias, ha sido un placer... verdadero.

Madrid, agosto 2018.